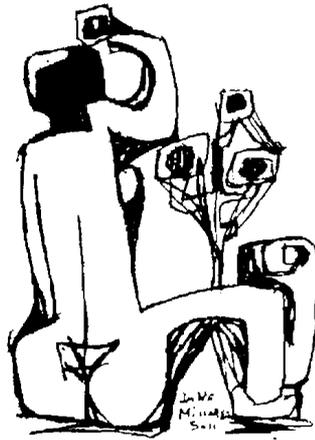


NARRACIONES Y CUENTOS



.....
*Se ha abierto un abanico de milagros
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

CANARIADAS DE ANTAÑO

EL ÁNGEL CAÍDO.

Yo fui testigo de los primeros e inciertos pasos del arte cinematográfico en nuestra ciudad. Llamado en su inocente niñez cinematógrafo, sufrió más tarde elegantes y originales recortes (cinema, cine), obedeciendo en esto a la novísima e ingeniosa práctica de podar los vocablos hasta dejarlos en la *tea*, esto es, reducidos a las meras iniciales, de lo que hay casos muy notorios, por ejemplo, en las denominaciones de los partidos políticos (la Orga, la Ceda) y de las compañías mercantiles (la Cícer, la Selp). Es un caso típico de parsimonia, producto de la febril actividad de los tiempos actuales. Se trata de economizar hasta los segundos que hay que invertir en las articulaciones y tal vez no esté lejano el día en que a los ciudadanos se les designe por cifras escuetas como a los presidiarios o a los números de la lotería.

¡El cine mudo!... ¡Cuántos de mis hipotéticos lectores lo recordarán con nostálgica melancolía, enlazando su memoria con las horas doradas de la infancia y de la juventud!

El arte robusto que hoy medra en todos los rincones del planeta y del cual se dice, con originalidad e ingenio que está llamado a *matar al teatro* (ésto matará a aquéllo) tuvo, como los hombres y las ideas destinados a cambiar la faz del mundo, un origen humildísimo. Nació mudo.

Hablemos un poco del cine mudo ya desterrado, por su vigoroso descendiente el cine sonoro, a los pueblos del interior de la isla como antaño lo fueron los faroles de petróleo por la electricidad, maga espléndida de los tiempos modernos.

Sí, yo presencié los primeros y vacilantes pasos que el arte nuevo dio entre nosotros. Había dos barracones. (No era posible llamárseles pabellones.) Estaba situado uno

al naciente del teatro que al principio se llamó nuevo, luego de Tirso de Molina, y después de Pérez-Galdós. A propósito del gran teatro me viene a la memoria el recuerdo de un señor, conspicuo entonces en la política local, célebre por sus frases, dignas del bronce o de mármol. Este sujeto fue el que, oyendo hablar cierto día de las semanas de Daniel, hubo de exclamar:

—¿Quién es Daniel...?

El mismo que, al inaugurar la sesión conmemorativa del centenario de cierta sociedad, empezó de esta manera: «Se abre el aniversario del centenario de la sociedad, etc.: el señor X Z, tocará su sinfonía». Pues bien, este susodicho personaje fue el que al oír que se trataba de bautizar el nuevo teatro, dándole el pseudónimo del ilustre fraile de la Merced, protestó diciendo: —¿Quién es ese señor Molina? ¿Qué es lo que ha hecho por el teatro?

En este mencionado barracón, colocado al naciente del teatro, había cine y coleaban además los residuos de una compañía de zarzuela, cómicos de los que *Clarín* decía que de endémicos suelen trocarse en epidémicos. Allí se cantó por primera vez, hará de ello tan sólo veinte y cinco o treinta años, aquello de:

Ay balancé, balancé.

Balancé la nieve pura, etc.

Allí también un pseudo-barítono entonaba el final de la *Marina*, adicionándolo con una copla que rezaba:

Dichoso aquel que tiene,

veinte mil duros, veinte mil duros,

y cada día fuma cigarros puros, cigarros puros.

En aquellos tiempos que, empuñando por un instante la lira, situaría yo entre el último estertor de la cochinilla y el primer vagido de la banana, parecían los veinte mil duros la cúspide de la opulencia y el fumar cigarros puros, aunque fuesen de La Palma, el colmo de la euforia.

Años después, cuando despuntó la dorada aurora del plátano y el rojo amanecer del tomate, las cien mil pesetas pasaron a ser un *volumen* casi despreciable, una bicocha que los terratenientes destinaban a sus anónimas caridades.

Pero como el mundo voltea sin parar, como lo demostró hace tiempo el *señor Galileo*, en el incesante *devenir* de las cosas, los veinte mil duros han tornado a ser el ideal del isleño. *Dichoso aquel* que los tiene, agazapados en el seno prolífico de una hipoteca o de una letra con sólidas firmas, porque él podrá reirse de la llamada *crisis mundial*, tan concienzudamente estudiada por los profundos economistas de nuestra prensa diaria y detrás de la cual crisis, dicho sea de paso, suele parapetarse el susodicho isleño para resistirse suave, pero tenazmente al pago de sus facturas o de sus cambiales.

El otro barracón estaba *ubicado* en el ángulo nascente-sur del parque llamado antes de San Telmo y modernamente, gracias a un alarde de erudición municipal, de Cervantes.

¡El cine del parque! ¡Cuántas veces en aquella época lejana encaminé a él mis pasos y los de mi gente menuda, apresurados estos últimos por el trompeteo insistente y llamativo de una murga!...

Este cine se adelantaba al otro en sus pinitos de reclamo y publicidad. *Repartíanse a la entrada unas hojillas impresas*, a lo cimero de las cuales constaba la siguiente cuarteta:

Unos se van al teatro,
otros se van al café,
y las personas de gusto,
se van al cine Pathé.

¡Las películas de entonces! ¿En qué ignorado rincón del mundo vuelven al polvo las cintas de la hija del contrabandista, de los Cojos Cómicos, del Violín de Cremona, etc., etc.?

¿Quién se acuerda hoy, por ejemplo, del Ángel caído? Nadie, como no sea el que suscribe y eso que era una película altamente dramática y sentimental (perteneciente, claro está, a la dilatada familia de Sicur). Cada vez que se *rodaba* (la película) acudía al cine del parque numeroso y distinguido público del inmediato barrio de Fuera la Portada. La protagonista del drama era una joven, nombrada poética y simbólicamente Magdalena, la cual, llevada por la

Fatalidad hasta el borde del abismo, tentada del vértigo, rodaba por la pendiente hasta sumirse en el negro fondo.

Su novela lamentable se desenvolvía en una serie de cuadros, precedidos por el indispensable letrero que el público leía en alta voz, formando un confuso e inolvidable murmullo en el que se fundían las voces roncadas de los varones con las chillonas de las hembras y de los chicos.

Nótese que a la extraviada damisela la seguía en sus variadas procelosas aventuras un su ex-novio, un infeliz sujeto que atendía modestamente por Timoteo, el cual se dedicaba en cuerpo y alma a la noble tarea de amparar y defender a la *traviata* con la remota ilusión de redimirla.

No obstante la escabrosidad del argumento, los cuadros se desenvolvían dentro de la más pura moralidad, sin que en ellos se advirtiese la más leve sombra de lo que más tarde habría de llamarse sicalipsis o pornografía, lo cual demuestra que entonces se respetaba más que hoy el pudor y la dignidad de nuestras *encantadoras paisanas*. Si acaso lo más que se permitía el autor del film era una sosa orgía al *champán*.

La nerviosidad y la emoción de los espectadores iba *crescendo*, siempre *crescendo*, hasta llegar al colmo en las dos escenas finales.

La una figuraba la sala de un hospital con su hilera de camas en una de las cuales yacía Magdalena (tuberculosa, es claro). El consiguiente letrero rezaba:

«Como se porta tan mal
acaba en el hospital».

El otro representaba el campo-santo y a Timoteo que besaba la tierra de la fosa común a tiempo que una paloma blanca hendía los aires y se perdía en la altura.

El letrero correspondiente, último de la obra decía:

«Al fin el ángel caído,
vuela al cielo arrepentido».

Una noche que asistía yo al *rodaje* de la ya célebre película, coincidí, en un banco de los delanteros, con mi amigo don Antonio Fulgencio del Rosario, distinguido almacénista de la calle Mayor de Triana. La señora y las niñas tenían asiento en otro banco a nuestras espaldas.

Aquella noche *El Ángel caído* causaba el efecto de siempre: suspiros, gemidos, sollozos ahogados. La gente entonces, como ahora, acudía al cine a llorar la pérdida de sus remotos ascendientes. De cuando en cuando estallaba en diversos ámbitos de la *sala* el trompeteo de las narices sonadas con estrépito, como clarines sonantes en solemne funeral.

Presentía yo que a don Antonio Fulgencio le fastidiaba el drama pelicular. Francamente, la redención por el amor no le cabía en la mollera al honesto comerciante.

Si él, por la más grande e inverosímil de las casualidades hubiese leído alguna vez la *Dama de las Camelias* o *Manon Lescaut* no hubiera dejado de aplicar a Armando Duval o al caballero Des Grieux los epítetos muy canarios de *mamados* y de *guanajos*.

Por ello no ha de sorprender a nadie el desagrado que a don Antonio le produjo al volverse, el cuadro lastimero que ofrecían su señora y sus niñas, con los ojos hinchados, las *chopas* deformes, coloradas y relucientes, los pañuelos convertidos en pelotas. Durante toda la representación *las lágrimas les habían servido de conduto*.

La señora que, dicho sea de paso, era asaz almibarada, y mimosa, tocó con el abanico el hombro de su marido.

—¿Qué te ha parecido, Antoñito? ¿No te da lástima del Timoteo? Pobrecito desvirtuado. ¿Verdad?

Es fama que don Antonio Fulgencio del Rosario, dando salida a la indignación que le hervía en el pecho, gruñó en el oído de su consorte.

—No me lo nombres. ¡Fuerte cabrón!

LLAMADA TELEFÓNICA.

Corrían los tiempos casi mitológicos que vieron la instauración de la primera línea telefónica en Las Palmas.

Uno de los primeros abonados lo fue el alto comerciante don Desiderio de la Pelusa, que tenía entonces su escritorio y almacenes en la calle de los Malteses, hombre algo maduro, amojamado y bigotudo, gerente de la entidad mercantil *La Papa Temprana, S. A.* (tubérculos y cereales). Este señor, auténtico majorero, cocido en el horno

materno y recocado en el de la Gran Antilla, había adquirido con los años la pátina de los ídolos aztecas y era notorio en toda la ciudad por su refinada cortesanía. Hubiérais dicho que se bañaba diariamente en almibar, tales eran la dulcedumbre de sus frases y la compostura de sus ademanes. Si hubiérais alzado delicadamente las cerdas ásperas de su mostacho, hubiérais descubierto una sonrisa perenne, benévola y acariciadora. Era un sujeto que nunca se descomponía, que parecía desconocer la ira y las palabradas. Sin embargo, alguien que le conoció durante su época colonial sostenía que aquellas su finura y mansedumbre, eran una simple actitud de negociante y de gramático-pardo, y que en el fondo el tal la Pelusa era un tigre, un hombre provisto de un genio de todos los demonios.

Vivía entonces, en los antípodas del barrio de Triana, en la apartada y silenciosa calle del Agua del barrio de Vegueta, un canariote indubitado, que atendía por don Imeldo García Teneblario, un señor que nunca trabajó ni sirvió para nada, viviendo estrechamente con la tercera parte de las rentas de sus latifundios y de los réditos de sus préstamos usurarios, escondiendo absurdamente el resto, con la inconsciente rapacidad de una urraca. Esta familia de burgueses tenía dos criadas que, por coincidencia que no ha de extrañar a los lectores de canaria estirpe, se llamaban las dos María del Pino. Para diferenciarlas, tanto don Imeldo como su consorte doña Agripina y las niñas de ambos, apodaron a una de las sirvientas, que era de Tirajana, Pino la negra y a la otra, Pino la Trujana o Pino la vieja.

Este señor don Imeldo era extremadamente metódico y así tenía señalados los sábados para afeitarse y lavarse con jaboncillo del Papa en una gran palangana de agua tibia. Por muchos años el barbero que venía a *arreglarle* fue el maestro Genovevo, que tenía su tienda en la próxima calle de San Marcos; pero aconteció que el artista hubo de mudarse a la calle de los Malteses casi enfrente del domicilio social de *La Papa Temprana, S. A.* y como don Imeldo tenía una vaga amistad con el señor de la Pelusa, cierto viernes por la tarde ordenó a la Trujana que al día siguiente, tan pronto como se levantase, llamara por el teléfono a don Desiderio para que éste hiciese el favor de avisar al maestro Genovevo.

La pobre vieja que se levantaba al albita, se colgó del teléfono desde las seis de la mañana y comenzó a repicar insistentemente, llamando con voces destempladas a la central.

—¡Centrá! ¡Centrá!

Por mucho tiempo creyó el señor de la Pelusa oír el tintineo de una campanilla lejana que llegaba hasta él atravesando la bruma de su pesadísimo sueño matutino. Su señora fue la primera en despertar y en reconocer la llamada del teléfono y como el durmiente permaneciera insensible como un leño, la señora le clavó un agudísimo pellizco, con lo cual mi hombre se incorporó bruscamente, soltando un terno abominable, pues en la intimidad conyugal quedaban en suspenso por tácito acuerdo las actitudes y los eufemismos

—¿Pero niño, no oyes que el teléfono se está desgañitando?

Ahora sí que llegaba agudo e insistente el repiqueteo del aparato. La Pelusa saltó de la cama, sacudido por un temblor nervioso. ¿Sería tal vez la temida noticia tan ansiosamente esperada, es a saber, la quiebra del Banco Turco heleno, cuyo representante el señor Miaulis Kropopoulos instalado en una fonda del Puerto de la Luz, esperaba un telegrama fulminante de Atenas?

Rodó más que bajó la escalera y con felina rapidez se arrojó sobre el teléfono.

—¡Alló! ¡Alló!

Una voz de vieja clamó estrepitosamente desde el otro extremo de la línea.

—¿Es la Papa temprana?

--Aquí, la Papa temprana, sociedad anónima.

—¿Quién está en el *escaparate*?

—Desiderio de la Pelusa. ¿Es usted el señor Miaulis Kropopoulos?

—¡Que va! Soy Pino la Trujana.

—Me ha dejado usted loco. ¿Por qué llama con tanta insistencia?

—*Pa que jaga el favor de avisar ahí enfrentito al maestro Genovevo pa que venga a pelar a mi amo don Imerdo...*

AGUSTÍN MILLARES CUBAS